

MIRET MAGDALENA

DE LA SOCIEDAD A LA COMUNIDAD (I)

El proceso de centralización, así como el de concentración de capitales, poder civil o acción religiosa es manifiesto en nuestro mundo, al menos hasta hace bien pocos años.

Los cárteles, trusts, grupos financieros, asociaciones internacionales obreras o políticas y la expansión —centrada en el Vaticano— del catolicismo romano es un hecho que llegó a su culmen claramente en tiempos de Pío XII.

Hoy las cosas empiezan a ser más complejas. La gran industria alemana fomenta la creación de industria media auxiliar —como apreció hace años en el Congreso Europeo de Empresas Medias—; los grandes comités internacionales se convierten en federaciones más flexibles, y el Vaticano —tras el último Concilio— tiende a descentralizarse, aunque sea todavía tímidamente.

El capitalismo decimonónico y la civilización occidental que hemos vivido hasta ahora han tendido al imperialismo cultural, económico o social, si bien se disfrazaba todo ello con nombres más o menos eufémicos y suavizadores.

Sin embargo, en la Iglesia —y fuera de ella— se dan numerosos factores de crisis, que revelan un problema de fondo mal resuelto, sobre todo para las generaciones que emergen. Es el problema de la participación activa. Todos queremos ser actores responsables del drama o de la comedia, gran comedia humana, de este mundo. Y ya no nos satisface sabernos conducidos paternalísticamente, por inteligentes que parezcan las fórmulas de solución que se nos brindan en el terreno religioso, cultural, civil o social.

En nuestro mundo actual ha surgido por eso la «contestación», esa manera —más o menos aceptable y discutible, pero real— de hacer valer nuestra insatisfacción humana de fondo. Y, como salida para el futuro, parece apreciarse una sola: la espontaneidad del ser humano, y todo lo que técnica y socialmente la favorezca.

Los antiguos —Aristóteles, por ejemplo— hablaron de que el hombre era un animal social. Y hoy —más que nunca— empezamos a ser conscientes de que esto empieza a ser algo más que una frase.

La dimensión social del ser humano vemos con sorprendente claridad que se nos hace conciencia acuciante de cara al futuro y no nos deja tranquilos.

De ahí que los dos polos, sentido comunitario y responsabilidad personal, se alían tan estrechamente en nuestros anhelos transformadores, que queremos verlos claramente encarnados en la vida del mundo que queremos construir para mañana. Ya no nos basta ni el liberalismo individualista —que sólo beneficia al poderoso— ni la disciplina colectiva ingenua, en la que no participemos personalmente.

Queremos lo social ante todo; pero sabemos ahora que lo social no está reñido —ni mucho menos— con lo personal. Si antes se decía que la doctrina social católica combatía el socialismo por ir contra el desarrollo de la persona humana es porque teníamos una falsa imagen de lo que era esta persona. Presionados por la cultura griega, sólo apreciábamos el individualismo a ultranza o, cuando más, el de una casta privilegiada; pero no sabíamos apreciar el desarrollo de lo sanamente personal, fomentado por la acción colectiva consciente, con metas en las que todos participemos voluntaria y conscientemente.

En una palabra: hemos pasado en nuestro planeta, casi sin darnos cuenta, del liberalismo individualista —de corte egocéntrico— al centralismo disciplinario, al cual no ha sido ajena, con su influencia —incluso en sectores aparentemente alejados

de él, como el religioso—, la gran concentración capitalista de poder. Para llegar mañana —según parece vislumbrarse— a un socialismo humano y democrático; porque nos empezamos a dar cuenta de que para el futuro es mucho más importante ese socialismo democrático, que no una simple democracia —por atractiva que sea la libertad participadora teóricamente— sin que tenga una meta radicalmente social, como núcleo esencial.

Lo curioso es que tiene que ser el Cardenal Suenens el que, en sus declaraciones a la Prensa, nos haya dado pie para caer en la cuenta de aquello que los últimos Papas habían insinuado más o menos decididamente. Cuando Pío XI criticó drásticamente el imperialismo económico, no hizo sino centrar en un campo concreto —el económico— el mal de nuestra época: la concentración inhumana de poder. Y cuando proclamó para el campo social el principio de subsidiariedad, acertó —aunque con demasiada ingenuidad— a ver que la sociedad —religiosa o civil— debe construirse como comunidad de abajo arriba, más que de arriba abajo, como —equivocadamente— casi siempre hemos intentado hacer para solucionar los problemas sociales, culturales o religiosos de nuestro tiempo.

Nadie vive satisfecho si son los demás los que aportan, y si nosotros no participamos personalmente en este aporte. Nada puede perdurar —Iglesia o sociedad profana—, por desarrollada que se la suponga, sin este factor humano social constructivo y fuertemente espontáneo al mismo tiempo, que permitirá alcanzar la mayoría de edad y la adulez al mundo.

Cualquier desarrollo técnico previsto para el año 2000 —biológico, psicológico o social— es nada, sin el fomento de estos anhelos sociales del hombre espontáneo, y del cauce que van a ir adquiriendo en pocos años si ayudamos técnicamente a este desarrollo espontáneo. Cauce comunitario, libre y participador, y no cauce de simple suma de egoísmos —como en el capitalismo que hemos conocido—, o de apagamiento de iniciativas constructivas, como ha ocurrido en todo proceso sólo centralizador y no bastante federativo, porque no participaban los individuos con su espontaneidad.

No se trata de propugnar ingenuamente el cooperativismo atomizado, ni mucho menos el artesanado rural, que es, por su misma contextura, ineficaz y sin medios técnicos poderosos a su servicio. Se trata de llevar metido en nuestras entretelas ese principio de desarrollo social-humano en que consiste el cometido de transformar la sociedad, en comunidad y, en general, todas las sociedades —a cualquier nivel— en comunidades. En no construir nada de arriba abajo, sino pretender siempre la colaboración, la aportación personal y el sentido comunitario espontáneo a todos los niveles: familia, profesión, región, país o gran continente. Federar, antes que imponer; colaborar, antes que mandar; educar, antes que castigar; vivir, antes que someterse ciegamente. Porque sociedad es lo mismo que disciplina exterior, y comunidad es cooperación vital, participando todos en su marcha.

Ese es el principio de subsidiariedad, tan mal entendido por el mundo religioso o por el mundo profano hasta ahora, porque lo que se había pretendido era sólo buscar la solución disciplinaria, más fácil, pero ineficaz a la larga, o entender este principio con dimensiones ingenuas, románticas o pre-científicas, olvidando que nuestra meta es la socialización científica, para poder alcanzar una auténtica solución a los problemas que plantea la sociedad del futuro, que la queremos más humanamente desarrollada, sin demérito de un empleo a fondo de medios técnicos (psicología de las relaciones humanas, pedagogía activa, economía planeada científicamente, etcétera...).